

Honorio M. Velasco y Carmen Caro, ed. *De Julian a Julio y de Julio a Julian: correspondencia entre Julio Caro Baroja y Julian Pitt-Rivers (1949-1991)*, edición con la colaboración de Françoise Pitt-Rivers. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2015; 498 pp.

Este libro, que lleva la fecha de 2015, ha coincidido prácticamente en su salida de las prensas y en mi sofá de lecturas con *Las Atlántidas y otros textos antropológicos* de José Ortega y Gasset, que ha visto la luz en 2016, en la cuidada edición de José Ramón Carrizo publicada por la editorial Tecnos. De las lecturas casi simultáneas de ambos títulos resultan una instrucción notable y el afloramiento de ciertas cuestiones que pueden suscitar alguna reflexión, porque tocan a la entraña misma — a la de las relaciones humanas y a la doctrinal — del pensamiento antropológico y del pensamiento español en general del siglo xx.

La pregunta que surge de manera más directa, y tan pronto se inicia el recorrido por las páginas de los dos libros, es una que podría tener, sin que lo sea, el aspecto de anecdótica: ¿por qué razón elegiría el antropólogo español como amigo y confidente más estrecho y de por vida a un antropólogo británico cuyo carácter — mucho más extrovertido y cosmopolita que el suyo — y cuyo currículum cultural eran tan diferentes, en vez de entregar las llaves de su amistad a un Ortega y Gasset o a algún orteguiano de los muchos que, en la vecindad misma de don Julio, sentaban cátedra por universidades, academias y redacciones de periódicos, lo cual hubiera sido — dicho sea de paso — una estrategia harto conveniente para la mejora de la alicaída posición laboral y económica que durante mucho tiempo arrastró don Julio?

La respuesta surge por sí misma si se indaga en las largas biografías y bibliografías de Caro Baroja, Pitt-Rivers y Ortega y Gasset. Pero un atajo más rápido y directo de corroboración podría ser la inmersión en las páginas de este epistolario en que el etnógrafo español descubre su personalidad y sus ideas a su amigo británico (y viceversa, aunque quien más escribió, y con más franqueza, fue Caro), en párrafos que rezuman una libertad, una espontaneidad y un caudal de información de sesgo mayormente

te privado —hasta podría decirse que confidencial y reservado a veces— que es posible que no tenga parangón en ningún otro título relativo a la intelectualidad y al pensamiento de nuestro país en ese siglo. Dicho sea sin demérito de *Los Baroja (memorias familiares)* (1972) de don Julio, que es, acaso, la autobiografía escrita más a pecho descubierto —y además de eso más informativa e importante— de todo el siglo XX español; ni de los diarios, hoy inéditos, escritos entre 1976 y 1993, que es de esperar que se conviertan, en el futuro, en otra mina de informaciones, ideas y confidencias de valor tanto más alto cuanto más alejado se supone que estarán de complacencias y de filtros.

Caro Baroja fue desde su adolescencia un etnógrafo-historiador-antropólogo —su polifacetismo complica mucho su clasificación— atentísimo a lo que sucedía a su alrededor, y que no concebía mejor forma de pensamiento ni de hermenéutica que la extraída de la contemplación y la escucha presencial —mediante el trabajo de campo, complementado con la labor de biblioteca y archivo— de los hechos y culturas que aspiraba a conocer. A Ortega nunca le llamó, en cambio, la estrategia del contacto *in situ* con rústicos y proletarios, ni creyó que ello pudiera sumar puntos sustantivos al grande y selecto saber que atesoraba en su cabeza, en su biblioteca y en el enorme capital que representaba su enorme círculo de contactos académicos, sociales y políticos. Caro Baroja fue un sabio retraído e individualista, que jamás logró, por no querer “entrar por el aro”, como decía él, consolidar ninguna posición estable en la estructura universitaria, y a quien daban alergia pompas, politiquerías, patriotismos, inciensos clericales, camarillas y mercantilismos. Ortega fue, en cambio, hombre de mundo, sensible a la adulación y a los focos, de itinerario político sinuoso, que se pasó la vida coleccionando cátedras, honores y negocios que siguieron dando réditos, cuando él ya no estuvo, a familiares, continuadores y allegados, a través de la *Revista de Occidente*, de la editorial Alianza, del grupo editorial PRISA, de la Fundación Ortega y Gasset, que en 2010 se convirtió en Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, etc. Muchos de los libros de Caro Baroja, a quien los editores no trataron

a veces demasiado bien y que nacieron en ocasiones entre dificultades y apuros, no son fáciles de encontrar, mientras que los de Ortega y Gasset no dejan de aparecer en ediciones — ya son varias las versiones consecutivas de sus obras completas — de gran ambición y precio, con largo respaldo oficial y eficaces campañas de promoción.

Don Julio cultivó, por lo demás, un escepticismo que se iniciaba por su propio yo, mientras que don José no puso demasiados peros a que construyesen en torno a él una especie de culto que llegó a teñirse, alguna vez, de tonos mesiánicos. La antropología de Caro Baroja, cimentada sobre el trabajo de campo etnográfico — complementado con la lectura —, fue netamente experimental y científica, y sigue siendo hoy un modelo metodológico ejemplar, vigente, incitante; la antropología de Ortega, asociada a una modalidad de conocimiento libresco, a una concepción historicista y especulativa de la filosofía y a una opinión que se autolegitimaba en parte sobre su propia condición de sabio oficial y carismático, no llega a tanto, se ha quedado anclada en referentes de su tiempo y tiene ahora una significación mayormente arqueológica. Los escritos más específicamente filosóficos y sociológicos de Ortega han resistido mejor el paso del tiempo que los antropológicos — es una opinión que espero reiterar en una reseña próxima de *Las Atlántidas y otros textos antropológicos* —, acaso porque la filosofía tiene siempre algo de escrutinio de lo intemporal, mientras que la antropología es básicamente un análisis de cada presente.

Ofrece informes este epistolario *De Julian a Julio y de Julio a Julian* de las visitas de Caro Baroja a la casa de veraneo de Ortega en Fuenterrabía (“esta última temporada la he pasado dedicado a tres cosas: 1) Ir a Fuenterrabía de vez en cuando para amenizar un poco la existencia de Ortega, que está allí bastante aburrido...”, carta del 20 de agosto de 1952) o al sanatorio madrileño en que estaba siendo tratado el filósofo en su ancianidad, igual que informa del trámite que hubo de seguir para que la *Revista de Occidente*, huérfana ya de su fundador, publicase uno de los libros primordiales de Caro Baroja, *Las brujas y su mundo* (1961).

Justo es decir que a la *Revista de Occidente* debió agradecer el etnógrafo vasco la publicación además de *Razas, pueblos y linajes* (1957), del *Ensayo sobre la literatura de cordel* (1969) y de *Teatro popular y magia* (1974).

Pero lo cierto es que tampoco escatimaron estas páginas de epistolario escritas por don Julio las ironías a cuenta del gran pope de la cultura española de su tiempo y de unos cuantos de sus acólitos. Los puentes de una amistad íntima eran imposibles de asegurar, en fin, entre sujetos de principios vitales tan antagónicos, aunque el trato directo de Caro y Ortega no dejara de fluctuar entre lo correcto y lo cordial. Una iluminadora nota (la 109) de la página 190 de esta edición añade estas precisiones: “José Ortega y Gasset mantuvo una estrecha relación con Pío Baroja, frecuentando durante algún tiempo la tertulia que este tenía en su casa. JCB siendo adolescente le trató muy asiduamente; después, entre 1930 y 1948, se enfrió mucho la relación debido a desavenencias entre su tío Pío y Ortega. De forma menos frecuente e íntima, hechas ya las paces, se restableció la relación. JCB publicó algunos libros en *Revista de Occidente* y recibió invitaciones por parte de Ortega a dar cursos en el Instituto de Humanidades, etcétera”.

Lo cierto es que el sentimiento de aislamiento y de marginación que nunca abandonó a Caro Baroja en su propio país, en el que le fue imposible hallar intelectuales que estuviesen a su altura y en sintonía más o menos con sus ideas y métodos contribuye a explicar que tuviese que mirar afuera para poder encontrar el alma gemela, en lo intelectual, que fue Pitt-Rivers. Un *British gentleman* de familia ilustre, de biografía, educación y maestros muy distintos de los de su amigo español, y de carácter y ambiciones más abiertos y terrenales. Pero que compartía, al margen de esas diferencias, tantas ideas, curiosidades y escepticismos con don Julio que el antagonismo quedó resuelto en complementariedad. Etnógrafos los dos de formación muy exigente y de apego convencido al campo, a sus gentes y a las voces y juicios de sus gentes, antropólogos indisociables de sus respectivas etnografías, afectos al purismo funcionalista — aunque más el británico que el español: Caro anduvo siempre a mitad de camino

entre la etnología y la historia —, poco amigos de pronunciarse acerca de lo que no conocían en profundidad, descreídos, reacios a la metafísica, irrenunciablemente críticos y autocríticos, a los dos les unió también el compromiso de saberse fundadores (o refundadores, después del intento cruelmente truncado de Antonio Machado y Álvarez *Demófilo*, en la década de 1880) de la antropología científica española.

The People of the Sierra (1954) de Pitt-Rivers y no pocos títulos de Caro Baroja, entre los que yo prefiero, por su iconoclastia corrosiva, *El mito del carácter nacional* (1970), son obras hechas a contracorriente, casi en la clandestinidad, en no pocos aspectos fundadoras y precursoras de muchos empeños que otros asumieron cuando llegaron tiempos más propicios. Atesoran informaciones y reflexiones acerca de la identidad de España y de los españoles mucho más perspicaces, nacidas de la observación atenta y ancladas en el duro suelo, que toda la ingente e inconcreta palabrería acerca del carácter y el alma eternos de España y de los españoles que produjeron, a mansalva, orteguianos y no orteguianos a lo largo de todo el siglo XX. Ningún pensador social del nivel y de las inquietudes de Pitt-Rivers vivió en la sombría España del franquismo, que tenía a sus mejores etnógrafos y antropólogos refugiados o haciéndose en el exilio. Uno de los fenómenos sociales que más interesó al británico era, para que se pueda valorar mejor su heterodoxia, el anarquismo rural, que era tabú impronunciable bajo la dictadura de Franco. La estrecha y prolongadísima amistad de Caro y Pitt-Rivers y la densidad y la sinceridad de lo que se confiaron mutuamente en sus intercambios epistolares sólo pueden ser cabalmente explicados, en fin, como reacción o como adaptación a todo este complejo y agobiante marco de condicionantes sociohistóricos y políticos.

Es imposible confiar a las páginas escasas a las que debe ceñirse esta reseña una selección cabal o un resumen plausible de todo lo que bulle, en registros que van desde la genialidad hasta el chisme, en este libro prolijo y que se fue haciendo sin un diseño organizado, a golpe de suceso que era preciso comentar o de ironía o impropio que convenía desahogar. Abundan los la-

mentos: los de Caro Baroja mucho más que los de Pitt-Rivers, porque al británico le sonrió con mucha largueza la fortuna académica que siempre mostró su ceño peor al español.

En carta del 25 de marzo de 1955 se desahogaba de este modo Caro Baroja:

Este invierno ha sido para mí muy gris y monótono y lleno de pequeñas molestias de tipo profesional. Contra lo que tú adelantas en tu carta respecto a la cátedra de Etnología [que se esperaba que convocase la universidad madrileña], parece que la última palabra es que no se saca a oposición porque el candidato oficial es un arqueólogo que no sabe ni torta y el no oficial “no reúne las cualidades morales necesarias para ser profesor en una Universidad española moderna”. Esto es una alusión a mi falta de convicciones religiosas. Desde luego cada vez me lamento más de que Diocleciano dejara vivo a tanto miembro de esa vil secta de judíos que tantos trastornos han producido en el mundo. Ya no te hablaré, pues, más de este asunto, ni de mi hígado ni de mis investigaciones.

No fue aquel un año amable para don Julio, quien en sus primeros meses ultimó y publicó sus muy trabajados *Estudios saharianos* —“tan cansado estoy que el índice del libro del desierto me está dando náuseas y no tengo demasiadas ganas de escribir”, escribía el 8 de febrero de 1955. Aunque lo peor, la constatación de la indiferencia con que recibieron aquella obra realmente innovadora y magistral sus contemporáneos, estaba por venir. Esta es su queja del 12 de junio:

El libro sobre el desierto está teniendo un éxito de silencio, colosal. Los españoles piensan que todo lo que no sea hablar del sentido barroco de la poesía del XVII son locuras. Y le miran a uno con aire de conmiseración. La ventaja es que si la mayoría cree que uno está loco, uno cree que está rodeado de imbéciles por todas partes.

Queda sólo espacio para el encomio de la labor de los editores de este epistolario, Honorio M. Velasco y Carmen Caro, quienes han contado con la colaboración de Françoise Pitt-Rivers. Sin su

enorme esfuerzo, que significó para ellos el cumplimiento de un tributo a familiares y amigos — Honorio fue persona muy allegada a los dos eximios antropólogos, Carmen fue sobrina de don Julio, Françoise es la viuda de Julian —, este libro de realización dificultosísima no hubiera podido ver la luz. La edición en el original en inglés y en su traducción al español de no pocas cartas de Pitt-Rivers, las notas exhaustivas, que no escatiman ninguna orientación al lector en peligro de perderse en la selva de nombres, títulos y acontecimientos, y los índices onomástico, temático y geográfico son refinamientos cada vez más difíciles de hallar hasta en la más sofisticada bibliografía académica.

“Durante tres años, de 2005 a 2008, me dediqué a la tarea de inventariar la correspondencia de mi tío Julio Caro Baroja”, explica Carmen — quien en 2006 dio a la luz, con el título de *Una amistad andaluza*, otro epistolario sensacional, el de Caro Baroja y Gerald Brenan — en un estudio introductorio lleno de información y de sensibilidad, en el que se agradecen de manera muy especial las consideraciones de tipo ético acerca de lo que significa sacar a la luz la correspondencia confidencial de una persona tan próxima como querida, que fue además una de las figuras intelectuales más destacadas de su tiempo.

Añade Carmen Caro:

Son 293 cartas, postales y telegramas de Julian a Julio y 325 cartas de Julio a Julian. Un número considerable al que posiblemente habría que añadir unas 40 más, tanto de uno como de otro, deterioradas por las vicisitudes que sufrieron los distintos lugares donde en algún tiempo estuvieron guardadas o bien perdidas en los traslados. Reunidas tras varias búsquedas tanto por parte de Françoise Pitt-Rivers como de Carmen Caro, no es esperable que se encuentren ya más de las aquí publicadas [...] Son casi todas manuscritas. Julio siempre con pluma y generalmente en cuartilla y apaisado. Julian, en diversos formatos, escribió casi siempre a mano, pero algún tiempo también a máquina [...].

Entre todo ese volumen extraordinario de cartas burocráticas y personales [que había en el archivo de Caro Baroja] que vienen a sumar unos tres mil correspondientes (excluyendo tarjetas de

visita, felicitaciones de Navidad, invitaciones, telegramas o notas cortas), destaca la correspondencia de Julian Pitt-Rivers, independientemente de su contenido, por ser la única que se prolonga durante cuarenta y dos años, desde que se conocen hasta prácticamente el final de sus días: comienza por una felicitación de Julian en la Navidad de 1949 con una foto de la Fuente de los Caños de Debajo de Grazalema, pueblo donde se habían conocido poco antes [...] y finaliza con una carta circular de 1991, también de Julian, con motivo de la edición de *Honor and Grace*.

El estudio introductorio de Honorio M. Velasco es, por su parte, un memorial tan documentado como concentrado de fechas, paisajes, viajes, encuentros en vacaciones, estancias entre España, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, aderezado todo con los nombres de personas que se hallan en el olimpo de la antropología nacional e internacional y de la intelectualidad en general de su tiempo. Tampoco faltan los nombres de personajillos que no hicieron más que medrar, incordiar y destruir, y que se hallan hoy mucho más cerca del olvido que de la fama. Estas páginas prologales procuran un marco y una guía insustituibles, en fin, para poder entender las letras grandes y las pequeñas del maremágnum de cartas que llegarán páginas después.

Dedica mucha atención Velasco al seguimiento de la figura crucial en el desarrollo de la antropología internacional del siglo XX del norteamericano "George M. Foster, entonces director del Instituto de Antropología Social de la Smithsonian Institution", que coincidió en el tiempo — en los primeros años, fundamentalmente —, en varios espacios y en la amistad — esa sí que para toda la vida — con Caro Baroja y con Pitt-Rivers. Por desgracia para nosotros, el norteamericano no tuvo la paciencia de integrarse como tercer corresponsal en el fecundo intercambio de misivas que durante más de cuarenta años se cruzaron el español y el británico. La perspectiva de haber podido contar con el testimonio directo, sincero y sin formalismos ni cortapisas de un epistolario de Foster relativo a la cultura popular española que investigó *in situ* en los duros años de la posguerra no puede menos que causar vértigo y provocar frustración.

El prólogo de Françoise Pitt-Rivers es breve pero muy informativo y emotivo. La edición es, por lo demás, esbelta y hermosa, según es costumbre en la colección *De acá y de allá. Fuentes etnográficas* del CSIC, que arrancó en el año 2009 bajo el impulso de Luis Díaz Viana, que dirige en la actualidad Luisa Abad y de la que es secretaria Susana Asensio Llamas. Su objetivo de rescatar obras esenciales de la etnografía y la antropología de España y del mundo, en especial del mundo hispánico, es imposible que pueda encontrar un cumplimiento más feliz y más justo que el que ha hallado sustancia en este volumen.

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá